

---

# **Soledades, Galerías y Otros Poemas**

Antonio Machado

---

**textos.info**

Biblioteca digital abierta

**Texto núm. 4549**

---

**Título:** Soledades, Galerías y Otros Poemas

**Autor:** Antonio Machado

**Etiquetas:** Poesía

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 3 de enero de 2020

**Fecha de modificación:** 3 de enero de 2020

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# **Soledades**

**(1899-1903)**

## I. El viajero

Está en la sala familiar, sombría,  
y entre nosotros, el querido hermano  
que en el sueño infantil de un claro día  
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienas plateadas,  
un gris mechón sobre la angosta frente;  
y la fría inquietud de sus miradas  
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales  
del parque mustio y viejo.  
La tarde, tras los húmedos cristales,  
se pinta, y en el fondo del espejo.

El rostro del hermano se ilumina  
suavemente. ¿Floridos desengaños  
dorados por la tarde que declina?  
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?  
Lejos quedó —la pobre loba— muerta.  
¿La blanca juventud nunca vivida  
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro,  
de la tierra de un sueño no encontrada;  
y ve su nave hender el mar sonoro,  
de viento y luz la blanca vela henchida?

Él ha visto las hojas otoñales,  
amarillas, rodar, las olorosas  
ramas del eucalipto, los rosales  
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfía  
el temblor de una lágrima reprime,  
y un resto de viril hipocresía  
en el semblante pálido se imprime.  
Serio retrato en la pared clarea  
todavía. Nosotros divagamos.  
En la tristeza del hogar golpea  
el tic-tac del reloj. Todos callamos.

## II. He andado muchos caminos

He andado muchos caminos,  
he abierto muchas veredas;  
he navegado en cien mares,  
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto  
caravanas de tristeza,  
soberbios y melancólicos  
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño  
que miran, callan, y piensan  
que saben, porque no beben  
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina  
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto  
gentes que danzan o juegan,  
cuando pueden, y laboran  
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,  
preguntan adónde llegan.  
Cuando caminan, cabalgan  
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa  
ni aun en los días de fiesta.  
Donde hay vino, beben vino;  
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,  
laboran, pasan y sueñan,  
y en un día como tantos,  
descansan bajo la tierra.

### **III. La plaza y los naranjos encendidos**

La plaza y los naranjos encendidos  
con sus frutas redondas y risueñas.

Tumulto de pequeños colegiales  
que, al salir en desorden de la escuela,  
llenan el aire de la plaza en sombra  
con la algazara de sus voces nuevas.

¡Alegría infantil en los rincones  
de las ciudades muertas!...  
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía  
vemos vagar por estas calles viejas!

#### **IV. En el entierro de un amigo**

Tierra le dieron una tarde horrible  
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura,  
había rosas de podridos pétalos,  
entre geranios de áspera fragancia  
y roja flor. El cielo  
puro y azul. Corría  
un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido,  
pesadamente, descender hicieron  
el ataúd al fondo de la fosa  
los dos sepultureros...

Y al resonar sonó con recio golpe,  
solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo  
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían  
los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba  
de la honda fosa el blanquecino aliento.

—Y tú, sin sombra ya, duerme y reposa,  
larga paz a tus huesos...

Definitivamente,  
duerme un sueño tranquilo y verdadero.



## **V. Recuerdo infantil**

Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel  
se representa a Caín  
fugitivo, y muerto Abel,  
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco  
truenan el maestro, un anciano  
mal vestido, enjuto y seco,  
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil  
va cantando la lección;  
mil veces ciento, cien mil,  
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de la lluvia en los cristales.

## VI. Fue una clara tarde, triste y soñolienta...

Fue una clara tarde, triste y soñolienta...  
tarde de verano. La hiedra asomaba  
al muro del parque, negra y polvorienta...

La fuente sonaba.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;  
con agrio ruido abrióse la puerta

de hierro mohoso y, al cerrarse, grave  
golpeó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora  
copla borbollante del agua cantora  
me guía a la fuente. La fuente vertía  
sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,  
un sueño lejano mi canto presente?  
Fue una tarde lenta del lento verano.

Respondí a la fuente:  
No recuerdo, hermana,  
mas sé que tu copla presente es lejana.

Fue esta misma tarde: mi cristal vertía  
como hoy sobre el mármol su monotonía.  
¿Recuerdas, hermano?... Los mirtos talaes,  
que ves, sombreaban los claros cantares  
que escuchas. Del rubio color de la llama,  
el fruto maduro pendía en la rama,  
lo mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano?...  
Fue esta misma lenta tarde de verano.

—No sé qué me dice tu copla riente

de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría  
ya supo del árbol la fruta bermeja;  
yo sé que es lejana la amargura mía  
que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores  
copiaron antiguos delirios de amores:  
mas cuéntame, fuente de lengua encantada,  
cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

—Yo no sé leyendas de antigua alegría,  
sino historias viejas de melancolía.

Fue una clara tarde del lento verano...  
Tú venías solo con tu pena, hermano;  
tus labios besaron mi linfa serena,  
y en la clara tarde, dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían;  
la sed que ahora tienen, entonces tenían.

—Adiós para siempre la fuente sonora,  
del parque dormido eterna cantora.  
Adiós para siempre; tu monotonía,  
fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;  
con agrio ruido abrióse la puerta  
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave  
sonó en el silencio de la tarde muerta.

## VII. El limonero lánguido suspende

El limonero lánguido suspende  
una pálida rama polvorienta,  
sobre el encanto de la fuente limpia,  
y allá en el fondo sueñan  
los frutos de oro...

Es una tarde clara,  
casi de primavera,  
tibia tarde de marzo  
que el hálito de abril cercano lleva;  
y estoy solo, en el patio silencioso,  
buscando una ilusión cándida y vieja:  
alguna sombra sobre el blanco muro,  
algún recuerdo, en el pretil de piedra  
de la fuente, dormido, o, en el aire,  
algún vagar de túnica ligera.

En el ambiente de la tarde flota  
ese aroma de ausencia.  
que dice al alma luminosa: nunca,  
y al corazón: espera.

Ese aroma que evoca los fantasmas  
de las fragancias vírgenes y muertas.

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,  
casi de primavera,  
tarde sin flores, cuando me traías  
el buen perfume de la hierbabuena,  
y de la buena albahaca,  
que tenía mi madre en sus macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras  
en el agua serena,  
para alcanzar los frutos encantados

que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara,  
casi de primavera.

## VIII. Yo escucho los cantos

Yo escucho los cantos  
de viejas cadencias,  
que los niños cantan  
cuando en coro juegan,  
y vierten en coro  
sus almas que sueñan,  
cual vierten sus aguas  
las fuentes de piedra:  
con monotonías  
de risas eternas,  
que no son alegres,  
con lágrimas viejas,  
que no son amargas  
y dicen tristezas,  
tristezas de amores  
de antiguas leyendas.

En los labios niños,  
las canciones llevan  
confusa la historia  
y clara la pena;  
como clara el agua  
lleva su conseja  
de viejos amores,  
que nunca se cuentan.

Jugando a la sombra  
de una plaza vieja,  
los niños cantaban...

La fuente de piedra  
vertía su eterno  
cristal de leyenda.

Cantaban los niños  
canciones ingenuas,  
de un algo que pasa  
y que nunca llega:  
la historia confusa  
y clara la pena.

Seguía su cuento  
la fuente serena;  
borrada la historia,  
contaba la pena.

## IX. Orillas del Duero

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.  
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,  
y las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,  
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.

Es una tibia mañana.  
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos,  
casi azules, primavera  
se ve brotar en los finos  
chopos de la carretera  
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.  
El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,  
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,  
y mística primavera!

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,  
espuma de la montaña  
ante la azul lejanía  
sol del día, claro día!  
¡Hermosa tierra de España!

## **X. A la desierta plaza**

A la desierta plaza  
conduce un laberinto de callejas.  
A un lado, el viejo paredón sombrío  
de una ruinoso iglesia;  
a otro lado, la tapia blanquecina  
de un huerto de cipreses y palmeras,  
y, frente a mí, la casa,  
y en la casa la reja  
ante el cristal que levemente empaña  
su figurilla plácida y risueña.  
Me apartaré. No quiero  
llamar a tu ventana... Primavera  
viene —su veste blanca  
flota en el aire de la plaza muerta—;  
viene a encender las rosas  
rojas de tus rosales... Quiero verla...

## **XI. Yo voy soñando caminos**

Yo voy soñando caminos  
de la tarde. ¡Las colinas  
doradas, los verdes pinos,  
las polvorientas encinas!...  
¿Adónde el camino irá?  
Yo voy cantando, viajero  
a lo largo del sendero...  
—La tarde cayendo está—,  
«En el corazón tenía  
la espina de una pasión;  
logré arrancármela un día:  
ya no siento el corazón».

Y todo el campo un momento  
se queda, mudo y sombrío,  
meditando. Suena el viento  
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;  
y el camino que serpea  
y débilmente blanquea,  
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:  
«Aguda espina dorada,  
quién te pudiera sentir  
en el corazón clavada».

## **XII. Amada, el aura dice**

Amada, el aura dice  
tu pura veste blanca...  
No te verán mis ojos  
¡mi corazón te aguarda!

El viento me ha traído  
tu nombre en la mañana;  
el eco de tus pasos  
repite la montaña...  
No te verán, mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

En las sombrías torres  
repican las campanas...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

Los golpes del martillo  
dicen la negra caja;  
y el sitio de la fosa,  
los golpes de la azada...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

### **XIII. Hacia un ocaso radiante**

Hacia un ocaso radiante  
caminaba el sol de estío,  
y era, entre nubes de fuego, una trompeta gigante,  
tras de los álamos verdes de las márgenes del río.

Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera  
de la cigarra cantora, el monorritmo jovial,  
entre metal y madera,  
que es la canción estival.

En una huerta sombría  
giraban los cangilones de la noria soñolienta.  
Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.  
Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

Yo iba haciendo mi camino,  
absorto en el solitario crepúsculo campesino.

Y pensaba: «¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa  
toda desdén y armonía;  
hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía  
de este rincón vanidoso, oscuro rincón que piensa!»

Pasaba el agua rizada bajo los ojos del puente.  
Lejos la ciudad dormía,  
como cubierta de un mago fanal de oro transparente.  
Bajo los arcos de piedra el agua clara corría.

Los últimos arreboles coronaban las colinas  
manchadas de olivos grises y de negruzcas encinas.  
Yo caminaba cansado,  
sintiendo la vieja angustia que hace el corazón pesado.

El agua en sombra pasaba tan melancólicamente,  
bajo los arcos del puente,

como si al pasar dijera:

«Apenas desamarrada  
la pobre barca, viajero, del árbol de la ribera,  
se canta: no somos nada.  
Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera».

Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría.  
(Yo pensaba: ¡el alma mía!)

Y me detuve un momento,  
en la tarde, a meditar...  
¿Qué es esta gota en el viento  
que grita al mar: soy el mar?

Vibraba el aire asordado  
por los élitros cantores que hacen el campo sonoro,  
cual si estuviera sembrado  
de campanitas de oro.

En el azul fulguraba  
un lucero diamantino.  
Cálido viento soplaba,  
alborotando el camino.

Yo, en la tarde polvorienta,  
hacia la ciudad volvía.  
Sonaban los cangilones de la noria soñolienta.  
Bajo las ramas oscuras caer el agua se oía.

## XIV. Cante hondo

Yo meditaba absorto, devanando  
los hilos del hastío y la tristeza,  
cuando llegó a mi oído,  
por la ventana de mi estancia, abierta

a una caliente noche de verano,  
el plañir de una copla soñolienta,  
quebrada por los trémolos sombríos  
de las músicas magas de mi tierra.

...Y era el Amor, como una roja llama.  
—Nerviosa mano en la vibrante cuerda  
ponía un largo suspirar de oro,  
que se trocaba en surtidor de estrellas—.

...Y era la Muerte, al hombro la cuchilla,  
el paso largo, torva y esquelética,  
—tal cuando yo era niño la soñaba—.

Y en la guitarra, resonante y trémula,  
la brusca mano, al golpear, fingía  
el reposar de un ataúd en tierra.

Y era un plañido solitario el soplo  
que el polvo barre y la ceniza avienta.

## **XV. La calle en sombra. Ocultan los altos caserones**

La calle en sombra. Ocultan los altos caserones  
el sol que muere; hay ecos de luz en los balcones.

¿No ves, en el encanto del mirador florido,  
óvalo rosado de un rostro conocido?

La imagen, tras el vidrio de equívoco reflejo,  
surge o se apaga como daguerrotipo viejo.

Suena en la calle sólo el ruido de tu paso;  
se extinguen lentamente los ecos del ocaso.

¡Oh, angustia! Pesa y duele el corazón... ¿Es ella?  
No puede ser... Camina... En el azul, la estrella.

## **XVI. Siempre fugitiva y siempre**

Siempre fugitiva y siempre  
cerca de mí, en negro manto  
mal cubierto el desdeñoso  
gesto de tu rostro pálido.  
No sé adónde vas, ni dónde  
tu virgen belleza tálamo  
busca en la noche. No sé  
qué sueños cierran tus párpados,  
ni de quién haya entreabierto  
tu lecho inhospitalario.

\* \* \*

Detén el paso, belleza  
esquiva, detén el paso.

Besar quisiera la amarga,  
amarga flor de tus labios.

## **XVII. Horizonte**

En una tarde clara y amplia como el hastío,  
cuando su lanza blande el tórrido verano,  
copiaban el fantasma de un grave sueño mío  
mil sombras en teoría, enhiestas, sobre el llano.

La gloria del ocaso era un purpúreo espejo,  
era un cristal de llamas, que al infinito viejo  
iba, arrojando el grave soñar en la llanura...  
Y yo sentí la espuela sonora de mi paso  
repercutir lejana en el sangriento ocaso,  
y más allá, la alegre canción de un alba pura.

## XVIII. El poeta

Para el libro *La casa de la primavera*  
de Gregorio Martínez Sierra

Maldiciendo su destino  
como Glauco, el dios marino,  
mira, turbia la pupila  
de llanto, el mar, que le debe su blanca virgen Scyla.

El sabe que un Dios más fuerte  
con la sustancia inmortal está jugando a la muerta,  
cual niño bárbaro. Él piensa  
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,  
antes de perderse, gota  
de mar en la mar inmensa.

En sueños oyó el acento de una palabra divina;  
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina,  
sin odio ni amor, y el frío  
soplo del olvido sabe, sobre un arenal de hastío.

Bajo las palmeras del oasis el agua buena  
miró brotar de la arena;  
y se abrevó entre las dulces gacelas, y entre los fieros  
animales carniceros...

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y de dolor.  
Y fue compasivo para el ciervo y el cazador,  
para el ladrón y el robado,  
para el pájaro azorado,  
para el sanguinario azor.

Con el sabio amargo dijo: Vanidad de vanidades,  
todo es negra vanidad;  
y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:

sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad.

Y viendo cómo lucían  
miles de blancas estrellas,  
pensaba que todas ellas  
en su corazón ardían.  
¡Noche de amor!

Y otra noche  
sintió la mala tristeza  
que enturbia la pura llama,  
y el corazón que bosteza,  
y el histrión que declama.

Y dijo: Las galerías  
del alma que espera están  
desiertas, mudas, vacías:  
las blancas sombras se van.

Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado  
del ayer. ¡Cuán bello era!  
¡Qué hermosamente el pasado  
fingía la primavera,  
cuando del árbol de otoño estaba el fruto colgado,  
miserio fruto podrido,  
que en el hueco acibarado  
guarda el gusano escondido!

¡Alma, que en vano quisiste ser más joven cada día,  
arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

## **XIX. ¡Verdes jardinillos!**

¡Verdes jardinillos,  
claras plazoletas,  
fuente verdinosa  
donde el agua sueña,  
donde el agua muda  
resbala en la piedra!...

Las hojas de un verde  
mustio, casi negras  
de la acacia, el viento  
de septiembre besa,  
y se lleva algunas  
amarillas, secas,  
jugando, entre el polvo  
blanco de la tierra.

Linda doncellita,  
que el cántaro llenas  
de agua transparente,  
tú, al verme, no llevas  
a los negros bucles  
de tu cabellera,  
distráídamente,  
la mano morena,  
ni, luego, en el limpio  
cristal te contemplas...

Tú miras al aire  
de la tarde bella,  
mientras de agua clara  
el cántaro llenas.



# Del camino

## **XX. Preludio**

Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero  
poner un dulce salmo sobre mi viejo atril.  
Acordaré las notas del órgano severo  
al suspirar fragante del pífano de abril.

Madurarán su aroma las pomas otoñales,  
la mirra y el incienso salmodiarán su olor;  
exhalarán su fresco perfume los rosales,  
bajo la paz en sombra del tibio huerto en flor.

Al grave acorde lento de música y aroma,  
la sola y vieja y noble razón de mi rezar  
levantará su vuelo suave de paloma,  
y la palabra blanca se elevará al altar.

## **XXI. Daba el reloj las doce... y eran doce**

Daba el reloj las doce... y eran doce  
golpes de azada en tierra...

...¡Mi hora! —grité—... El silencio  
me respondió: —No temas;  
tú no verás caer la última gota  
que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía  
sobre la orilla vieja,  
y encontrarás una mañana pura  
amarrada tu barca a otra ribera.

## **XXII. Sobre la tierra amarga**

Sobre la tierra amarga,  
caminos tiene el sueño  
laberínticos, sendas tortuosas,  
parques en flor y en sombra y en silencio

criptas hondas, escalas sobre estrellas;  
retablos de esperanzas y recuerdos.  
Figurillas que pasan y sonrían  
—juguetes melancólicos de viejo—;

imágenes amigas,  
a la vuelta florida del sendero,  
y quimeras rosadas  
que hacen camino... lejos...

### **XXIII. En la desnuda tierra del camino**

En la desnuda tierra del camino  
la hora florida brota,  
espino solitario,  
del valle humilde en la revuelta umbrosa.

El salmo verdadero  
de tenue voz hoy torna  
al corazón, y al labio,  
la palabra quebrada y temblorosa.

Mis viejos mares duermen; se apagaron  
sus espumas sonoras  
sobre la playa estéril. La tormenta  
camina lejos en la nube torva.

Vuelve la paz al cielo;  
la brisa tutelar esparce aromas  
otra vez sobre el campo, y aparece,  
en la bendita soledad, tu sombra.

## **XXIV. El sol es un globo de fuego**

El sol es un globo de fuego,  
la luna es un disco morado.

Una blanca paloma se posa  
en el alto ciprés centenario.

Los cuadros de mirtos parecen  
de marchito velludo empolvado.

¡El jardín y la tarde tranquila!...  
Suenan el agua en la fuente de mármol.

## **XXV. ¡Tenue rumor de túnicas que pasan**

¡Tenue rumor de túnicas que pasan  
sobre la infértil tierra!...  
¡Y lágrimas sonoras  
de las campanas viejas!

Las ascuas mortecinas  
del horizonte humean...  
Blancos fantasmas lares  
van encendiendo estrellas.

—Abre el balcón. La hora  
de una ilusión se acerca...  
La tarde se ha dormido,  
y las campanas sueñan.

## **XXVI. ¡Oh, figuras del atrio, más humildes**

¡Oh, figuras del atrio, más humildes  
cada día y lejanas:  
mendigos harapientos  
sobre marmóreas gradas;

miserables ungidos  
de eternidades santas,  
manos que surgen de los mantos viejos  
y de las rotas capas!

¿Pasó por vuestro lado  
una ilusión velada,  
de la mañana luminosa y fría  
en las horas más plácidas?...

Sobre la negra túnica, su mano  
era una rosa blanca...

## **XXVII. La tarde todavía**

La tarde todavía  
dará incienso de oro a tu plegaria,  
y quizás el cenit de un nuevo día  
amenguará tu sombra solitaria.

Mas no es tu fiesta el ultramar lejano,  
sino la ermita junto al manso río;  
no tu sandalia el soñoliento llano  
pisará, ni la arena del hastío.

Muy cerca está, romero,  
la tierra verde y santa y florecida  
de tus sueños; muy cerca, peregrino  
que desdeñas la sombra del sendero  
y el agua del mesón en tu camino.

## **XXVIII. Crear fiestas de amores**

Crear fiestas de amores  
en nuestro amor pensamos,  
quemar nuevos aromas  
en montes no pisados,

y guardar el secreto  
de nuestros rostros pálidos,  
porque en las bacanales de la vida  
vacías nuestras copas conservamos,

mientras con eco de cristal y espuma  
ríen los zumos de la vid dorados.

\* \* \*

Un pájaro escondido entre las ramas  
del parque solitario,  
silba burlón...

Nosotros exprimimos  
la penumbra de un sueño en nuestro vaso...  
Y algo, que es tierra en nuestra carne, siente  
la humedad del jardín como un halago.

## **XXIX. Arde en tus ojos un misterio, virgen**

Arde en tus ojos un misterio, virgen  
esquiva y compañera.

No sé si es odio o es amor la lumbre  
inagotable de tu aljaba negra.

Conmigo irás mientras proyecte sombra  
mi cuerpo y quede a mi sandalia arena.

—¿Eres la sed o el agua en mi camino?  
Dime, virgen esquiva y compañera.

### **XXX. Algunos lienzos del recuerdo tienen**

Algunos lienzos del recuerdo tienen  
luz de jardín y soledad de campo  
la placidez del sueño  
en el paisaje familiar soñado.

Otros guardan las fiestas  
de días aun lejanos;  
figurillas sutiles  
que pone un titerero en su retablo...

\* \* \*

Ante el balcón florido,  
está la cita de un amor amargo.

Brilla la tarde en el resol bermejo...  
La hiedra efunde de los muros blancos...

A la revuelta de una calle en sombra,  
un fantasma irrisorio besa un nardo.

## **XXXI. Crece en la plaza en sombra**

Crece en la plaza en sombra  
el musgo, y en la piedra vieja y santa  
de la iglesia. En el atrio hay un mendigo...  
Más vieja que la iglesia tiene el alma.

Sube muy lento, en las mañanas frías,  
por la marmórea grada,  
hasta un rincón de piedra... Allí aparece  
su mano seca entre la rota capa.

Con las órbitas huecas de sus ojos  
ha visto cómo pasan  
las blancas sombras, en los claros días,  
las blancas sombras de las horas santas.

## **XXXII. Las ascuas de un crepúsculo morado**

Las ascuas de un crepúsculo morado  
detrás del negro cipresal humean...  
En la glorieta en sombra está la fuente  
con su alado y desnudo Amor de piedra,  
que sueña mudo. En la marmórea taza  
reposa el agua muerta.

### **XXXIII. ¿Mi amor?... ¿Recuerdas, dime**

¿Mi amor?... ¿Recuerdas, dime,  
aquellos juncos tiernos,  
lánguidos y amarillos  
que hay en el cauce seco?...

¿Recuerdas la amapola  
que calcinó el verano,  
la amapola marchita,  
negro crespón del campo?...

¿Te acuerdas del sol yerto  
y humilde, en la mañana,  
que brilla y tiembla roto  
sobre una fuente helada?...

## **XXXIV. Me dijo un alba de la primavera:**

Me dijo un alba de la primavera:  
Yo florecí en tu corazón sombrío  
ha muchos años, caminante viejo  
que no cortas las flores del camino.

Tu corazón de sombra, ¿acaso guarda  
el viejo aroma de mis viejos lirios?  
¿Perfuman aún mis rosas la alba frente  
del hada de tu sueño adamantino?

Respondí a la mañana:  
Sólo tienen cristal los sueños míos.  
Yo no conozco el hada de mis sueños;  
ni sé si está mi corazón florido.

—Pero si aguardas la mañana pura  
que ha de romper el vaso cristalino,  
quizás el hada te dará tus rosas,  
mi corazón tus lirios.

## **XXXV. Al borde del sendero un día nos sentamos.**

Al borde del sendero un día nos sentamos.  
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita  
son las desesperantes posturas que tomamos  
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.

## **XXXVI. Es una forma juvenil que un día**

Es una forma juvenil que un día  
a nuestra casa llega.  
Nosotros le decimos: ¿por qué tornas  
a la morada vieja?  
Ella abre la ventana, y todo el campo  
en luz y aroma entra.  
En el blanco sendero,  
los troncos de los árboles negrean;  
las hojas de sus copas  
son humo verde que a lo lejos sueña.  
Parece una laguna  
el ancho río entre la blanca niebla  
de la mañana. Por los montes cárdenos  
camina otra quimera.

## **XXXVII. ¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja**

¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja,  
que me traes el retablo de mis sueños  
siempre desierto y desolado, y sólo  
con mi fantasma dentro,  
mi pobre sombra triste  
sobre la estepa y bajo el sol de fuego,  
o soñando amarguras  
en las voces de todos los misterios,  
dime, si sabes, vieja amada, dime  
si son más las lágrimas que vierto!  
Me respondió la noche:  
Jamás me revelaste tu secreto.  
Yo nunca supe, amado,  
si eras tú ese fantasma de tu sueño,  
ni averigüé si era su voz la tuya,  
o era la voz de un histrión grotesco.

Dije a la noche: Amada mentirosa,  
tú sabes mi secreto;  
tú has visto la honda gruta  
donde fabrica su cristal mi sueño,  
y sabes que mis lágrimas son más.  
y sabes mi dolor, mi dolor viejo.

¡Oh! Yo no sé, dijo la noche, amado,  
yo no sé tu secreto,  
aunque he visto vagar ese que dices  
desolado fantasma, por tu sueño.  
Yo me asomo a las almas cuando lloran  
y escucho su hondo rezo,  
humilde y solitario,  
ese que llamas salmo verdadero;  
pero en las hondas bóvedas del alma  
no sé si el llanto es una voz o un eco.

Para escuchar tu queja de tus labios  
yo te busqué en tu sueño,  
y allí te vi vagando en un borroso  
laberinto de espejos.

# Canciones

### **XXXVIII. Abril florecía**

Abril florecía  
frente a mi ventana.  
Entre los jazmines  
y las rosas blancas  
de un balcón florido,  
vi las dos hermanas.  
La menor cosía,  
la mayor hilaba...  
Entre los jazmines  
y las rosas blancas,  
la más pequeñita,  
risueña y rosada  
—su aguja en el aire—,  
miró a mi ventana.

La mayor seguía,  
silenciosa y pálida,  
el huso en su rueca  
que el lino enroscaba.  
Abril florecía  
frente a mi ventana.

Una clara tarde  
la mayor lloraba,  
entre los jazmines  
y las rosas blancas,  
y ante el blanco lino  
que en su rueca hilaba.  
—¿Qué tienes? —le dije—,  
silenciosa y pálida,  
señaló el vestido  
que empezó la hermana.  
En la negra túnica  
la aguja brillaba;

sobre el blanco velo,  
el dedal de plata.  
Señaló a la tarde  
de abril que soñaba,  
mientras que se oía  
tañer de campanas.  
Y en la clara tarde  
me enseñó sus lágrimas...  
Abril florecía  
frente a mi ventana.

Fue otro abril alegre  
y otra tarde plácida.  
El balcón florido  
solitario estaba...  
Ni la pequeñita  
risueña y rosada,  
ni la hermana triste,  
silenciosa y pálida,  
ni la negra túnica,  
ni la toca blanca...  
Tan sólo en el huso  
el lino giraba  
por mano invisible,  
y en la oscura sala  
la luna del limpio  
espejo brillaba...  
Entre los jazmines  
y las rosas blancas  
del balcón florido,  
me miré en la clara  
luna del espejo  
que lejos soñaba...  
Abril florecía  
frente a mi ventana.

## **XXXIX. Coplas elegíacas**

¡Ay del que llega sediento  
a ver el agua correr,  
y dice: la sed que siento  
no me la calma el beber!

¡Ay de quien bebe y, saciada  
la sed, desprecia la vida:  
moneda al tahúr prestada,  
que sea al azar rendida!

Del iluso que suspira  
bajo el orden soberano,  
y del que sueña la lira  
pitagórica en su mano.

¡Ay del noble peregrino  
que se para a meditar,  
después de largo camino  
en el horror de llegar!

¡Ay de la melancolía  
que llorando se consuela,  
y de la melomanía  
de un corazón de zarzuela!

¡Ay de nuestro rui señor,  
si en una noche serena  
se cura del mal de amor  
que llora y canta sin pena!

¡De los jardines secretos,  
de los pensiles soñados,  
y de los sueños poblados  
de propósitos discretos!

¡Ay del galán sin fortuna  
que ronda a la luna bella;  
de cuantos caen de la luna,  
de cuantos se marchan a ella!

¡De quien el fruto prendido  
en la rama no alcanzó,  
de quien el fruto ha mordido  
y el gusto amargo probó!

¡Y de nuestro amor primero  
y de su fe mal pagada,  
y, también, del verdadero  
amante de nuestra amada!

## **XL. Inventario galante**

Tus ojos me recuerdan  
las noches de verano,  
negras noches sin luna,  
orilla al mar salado,  
y el chispear de estrellas  
del cielo negro y bajo.  
Tus ojos me recuerdan.  
las noches de verano.  
Y tu morena carne,  
los trigos quemados,  
y el suspirar de fuego  
de los maduros campos.

Tu hermana es clara y débil  
como los juncos lánguidos,  
como los sauces tristes,  
como los linos glaucos.  
Tu hermana es un lucero  
en el azul lejano...  
Y es alba y aura fría  
sobre los pobres álamos  
que en las orillas tiemblan  
del río humilde y manso.  
Tu hermana es un lucero  
en el azul lejano.

De tu morena gracia,  
de tu soñar gitano,  
de tu mirar de sombra  
quiero llenar mi vaso.  
Me embriagaré una noche  
de cielo negro y bajo,  
para cantar contigo,  
orilla al mar salado,

una canción que deje  
cenizas en los labios...  
De tu mirar de sombra  
quiero llenar mi vaso.

Para tu linda hermana  
arrancaré los ramos  
de florecillas nuevas  
a los almendros blancos,  
en un tranquilo y triste  
alborear de marzo.  
Los regaré con agua  
de los arroyos claros,  
los ataré con verdes  
junquillos del remanso...  
Para tu linda hermana  
yo haré un ramito blanco.

## **XLI. Me dijo una tarde**

Me dijo una tarde  
de la primavera:  
Si buscas caminos  
en flor en la tierra,  
mata tus palabras  
y oye tu alma vieja.  
Que el mismo albo lino  
que te vista, sea  
tu traje de duelo,  
tu traje de fiesta.  
Ama tu alegría  
y ama tu tristeza,  
si buscas caminos  
en flor en la tierra.  
Respondí a la tarde  
de la primavera:  
Tú has dicho el secreto  
que en mi alma reza:  
Yo odio la alegría  
por odio a la pena.  
Mas antes que pise  
tu florida senda,  
quisiera traerte  
muerta mi alma vieja.

## **XLII. La vida hoy tiene ritmo**

La vida hoy tiene ritmo  
de ondas que pasan,  
de olitas temblorosas  
que fluyen y se alcanzan.

La vida hoy tiene el ritmo de los ríos,  
la risa de las aguas  
que entre los verdes junquerales corren,  
y entre las verdes cañas.

Sueño florido lleva el manso viento;  
bulle la savia joven en las nuevas ramas;  
tiemblan alas y frondas,  
y la mirada sagital del águila  
no encuentra presa... treme el campo en sueños,  
vibra el sol como un arpa.

¡Fugitiva ilusión de ojos guerreros,  
que por las selvas pasas  
a la hora del cenit: tiemble en mi pecho  
el oro de tu aljaba!

En tus labios florece la alegría  
de los campos en flor; tu veste alada  
aroman las primeras velloritas,  
las violetas perfuman tus sandalias.

Yo he seguido tus pasos en el viejo bosque,  
arreatados tras la corza rápida,  
y los ágiles músculos rosados  
de tus piernas silvestres entre verdes ramas.

¡Pasajera ilusión de ojos guerreros,  
que por las selvas pasas  
cuando la tierra reverdece y ríen  
los ríos en las cañas!  
¡Tiemble en mi pecho el oro  
que llevas en tu aljaba!

### **XLIII. Era una mañana y abril sonreía.**

Era una mañana y abril sonreía.  
Frente al horizonte dorado moría  
la luna, muy blanca y opaca; tras ella,  
cual tenue ligera quimera, corría  
la nube que apenas enturbia una estrella.

\* \* \*

Como sonreía la rosa mañana  
al sol del Oriente abrí mi ventana;  
y en mi triste alcoba penetró el Oriente  
en canto de alondras, en risa de fuente  
y en suave perfume de flora temprana.

Fue una clara tarde de melancolía.  
Abril sonreía. Yo abrí las ventanas  
de mi casa al viento... El viento traía  
perfume de rosas, dolor de campanas...

Doblar de campanas lejanas, llorosas,  
suave de rosas aromado aliento...  
...¿Dónde están los huertos floridos de rosas?  
¿Qué dicen las dulces campanas al viento?

Pregunté a la tarde de abril que moría:  
¿Al fin la alegría se acerca a mi casa?  
La tarde de abril sonrió: La alegría  
pasó por tu puerta —y luego, sombría:  
Pasó por tu puerta. Dos veces no pasa.

## **XLIV. El casco roído y verdoso**

El casco roído y verdoso  
del viejo falucho  
reposa en la arena...  
La vela tronchada parece  
que aun sueña en el sol y en el mar.

El mar hierve y canta...  
El mar es un sueño sonoro  
bajo el sol de abril.  
El mar hierve y ríe  
con olas azules y espumas de leche y de plata,  
el mar hierve y ríe  
bajo el cielo azul.  
El mar lactescente,  
el mar rutilante,  
que ríe en sus liras de plata sus risas azules...  
¡Hierve y ríe el mar!...

El aire parece que duerme encantado  
en la fúlgida niebla de sol blanquecino.  
La gaviota palpita en el aire dormido, y al lento  
volar soñoliento, se aleja y se pierde en la bruma del sol.

## **XLV. El sueño bajo el sol que aturde y ciega**

El sueño bajo el sol que aturde y ciega,  
tórrido sueño en la hora de arrebol;  
el río luminoso el aire surca;  
esplende la montaña;  
la tarde es polvo y sol.

El sibilante caracol del viento  
ronco dormita en el remoto alcor;  
emerge el sueño ingrave en la palmera,  
luego se enciende en el naranjo en flor.

La estúpida cigüeña  
su garabato escribe en el sopor  
del molino parado; el toro abate  
sobre la hierba la testuz feroz.

La verde, quieta espuma del ramaje  
efunde sobre el blanco paredón,  
lejano, inerte, del jardín sombrío,  
dormido bajo el cielo fanfarrón.

\* \* \*

Lejos, enfrente de la tarde roja,  
refulge el ventanal del torreón.

\* \* \*

## **Humorismos, fantasías, apuntes**

## **XLVI. La noria**

La tarde caía  
triste y polvorienta.

El agua cantaba  
su copla plebeya  
en los cangilones  
de la noria lenta.

Soñaba la mula,  
¡pobre mula vieja!,  
al compás de sombra  
que en el agua suena.

La tarde caía  
triste y polvorienta.

Yo no sé qué noble,  
divino poeta,  
unió a la amargura  
de la eterna rueda

la dulce armonía  
del agua que sueña,  
y vendó tus ojos  
¡pobre mula vieja!...

Mas sé que fue un noble,  
divino poeta,  
corazón maduro  
de sombra y de ciencia.

## **XLVII. El cadalso**

La aurora asomaba  
lejana y siniestra.

El lienzo de Oriente  
sangraba tragedias,  
pintarrajeadas  
con nubes grotescas.

\* \* \*

En la vieja plaza  
de una vieja aldea,  
erguía su horrible  
pavura esquelética  
el tosco patíbulo  
de fresca madera...

La aurora asomaba  
lejana y siniestra.

## **XLVIII. Las moscas**

Vosotras, las familiares,  
inevitables golosas,  
vosotras, moscas vulgares,  
me evocáis todas las cosas.

¡Oh, viejas moscas voraces  
como abejas en abril,  
viejas moscas pertinaces  
sobre mi calva infantil!

¡Moscas del primer hastío  
en el salón familiar,  
las claras tardes de estío  
en que yo empecé a soñar!

Y en la aborrecida escuela,  
raudas moscas divertidas,  
perseguidas  
por amor de lo que vuela,

—que todo es volar— sonoras  
rebotando en los cristales  
en los días otoñales...  
Moscas de todas las horas,

de infancia y adolescencia,  
de mi juventud dorada;  
de esta segunda inocencia,  
que da en no creer en nada,

de siempre... Moscas vulgares,  
que de puro familiares  
no tendréis digno cantor:  
yo sé que os habéis posado

sobre el juguete encantado,  
sobre el librote cerrado,  
sobre la carta de amor,  
sobre los párpados yertos  
de los muertos.

Inevitables golosas,  
que ni labráis como abejas  
ni brilláis cual mariposas;  
pequeñitas, revoltosas;  
vosotras, amigas viejas,  
me evocáis todas las cosas.

## **XLIX. Elegía de un madrigal**

Recuerdo que una tarde de soledad y hastío  
¡oh tarde como tantas!, el alma mía era,  
bajo el azul monótono, un ancho y terso río  
que ni tenía un pobre juncal en su ribera.

¡Oh mundo sin encanto, sentimental inopia  
que borra el misterioso azogue del cristal!  
¡Oh el alma sin amores que el Universo copia  
con un irremediable bostezo universal!

\* \* \*

Quiso el poeta recordar a solas;  
las ondas bien amadas, la luz de los cabellos  
que él llamaba en sus rimas rubias olas.  
Leyó... La letra mata: no se acordaba de ellos...

Y un día —como tantos— al aspirar un día  
aromas de una rosa que en el rosal se abría,  
brotó como una llama la luz de los cabellos  
que él en sus madrigales llamaba rubias olas,  
brotó, porque un aroma igual tuvieron ellos...  
Y se alejó en silencio para llorar a solas.

## **L. Acaso...**

Como atento no más a mi quimera  
no reparaba en torno mío, un día  
me sorprendió la fértil primavera  
que en todo el ancho campo sonreía.

Brotaban verdes hojas,  
de las hinchadas yemas del ramaje,  
y flores amarillas, blancas, rojas,  
alegraban la mancha del paisaje.

Y era una lluvia de saetas de oro,  
el sol sobre las frondas juveniles;  
del amplio río en el caudal sonoro  
se miraban los álamos gentiles.

Tras de tanto camino es la primera  
vez que miro brotar la primavera,  
dije, y después, declamatoriamente:

—¡Cuán tarde ya para la dicha mía!  
Y luego, al caminar, como quien siente  
alas de otra ilusión: —Y todavía  
¡yo alcanzaré mi juventud un día!

## LI. Jardín

Lejos de tu jardín quema la tarde  
inciensos de oro en purpurinas llamas,  
tras el bosque de cobre y de ceniza.  
En tu jardín hay dalias.  
¡Malhaya tu jardín!... Hoy me parece  
la obra de un peluquero,  
con esa pobre palmerilla enana,  
y ese cuadro de mirtos recortados...  
y el naranjito en su tonel... El agua  
de la fuente de piedra  
no cesa de reír sobre la concha blanca.

## LII. Fantasía de una noche de abril

¿Sevilla?... ¿Granada?... La noche de luna,  
blancas paredes y oscuras ventanas.  
Cerrados postigos, corridas persianas...  
El cielo vestía su gasa de abril.

Un vino risueño me dijo el camino.  
Yo escucho los áureos consejos del vino,  
el vino es a veces escala de ensueño.  
Abril y la noche y el vino risueño  
ataron en coro su salmo de amor.

La calle copiaba, con sombra en el muro,  
el paso fantasma y el sueño maduro  
de apuesto embozado, galán caballero:  
espada tendida, calado sombrero...  
La luna vertía su blanco soñar.

Como un laberinto mi sueño torcía  
de calle en calleja. Mi sombra seguía  
de aquel laberinto la sierpe encantada,  
en pos de una oculta plazuela cerrada.  
La luna lloraba su dulce blancor.

La casa y la clara ventana florida,  
de blancos jazmines y nardos prendida,  
más blancos que el blanco soñar de la luna...  
—Señora, la hora, tal vez importuna...  
¿Que espere? (La dueña se lleva el candil.)

Ya sé que sería quimera, señora,  
mi sombra galante buscando a la aurora  
en noches de estrellas y luna, si fuera  
mentira la blanca nocturna quimera  
que usurpa a la luna su trono de luz.

¡Oh dulce señora, más cándida y bella  
que la solitaria matutina estrella  
tan clara en el cielo! ¿Por qué silenciosa  
oís mi nocturna querella amorosa?  
¿Quién hizo, señora, cristal vuestra voz?...

La blanca quimera parece que sueña.  
Acecha en la oscura estancia la dueña.  
—Señora, si acaso otra sombra emboscada  
teméis, en la sombra, fiad en mi espada...  
Mi espada se ha visto a la luna brillar.

¿Acaso os parece mi gesto anacrónico?  
El vuestro es, señora, sobrado lacónico.  
¿Acaso os asombra mi sombra embozada,  
de espada tendida y toca plumada?...  
¿Seréis la cautiva del moro Gazul?

Dijéraislo, y pronto mi amor os diría  
el son de mi guzla y la algarabía  
más dulce que oyera ventana moruna  
Mi guzla os dijera la noche de luna,  
la noche de cándida luna de abril.

Dijera la clara cantiga de plata  
del patio moruno, y la serenata  
que lleva el aroma de floridas preces  
a los miradores y a los ajimeces,  
los salmos de un blanco fantasma lunar.

Dijera las danzas de trenzas lascivas,  
las muelles cadencias de ensueños, las vivas  
centellas de lánguidos rostros velados,  
los tibios perfumes, los huertos cerrados;  
dijera el aroma letal del harén.

Yo guardo, señora, en viejo salterio  
también una copla de blanco misterio,  
la copla más suave, más dulce y más sabia  
que evoca las claras estrellas de Arabia  
y aromas de un moro jardín andaluz.

Silencio... En la noche la paz de la luna  
alumbra la blanca ventana moruna.  
Silencio... Es el musgo que brota, y la hiedra  
que lenta desgarrar la tapia de piedra...  
El llanto que vierte la luna de abril.

—Si sois una sombra de la primavera  
blanca entre jazmines, o antigua quimera  
soñada en las trovas de dulces cantores,  
yo soy una sombra de viejos cantares,  
y el signo de un álgebra vieja de amores.

Los gayos, lascivos decires mejores,  
los árabes albos nocturnos soñares,  
las coplas mundanas, los salmos talaes,  
poned en mis labios;  
yo soy una sombra también del amor.

Ya muerta la luna, mi sueño volvía  
por la retorcida, moruna calleja.  
El sol en Oriente reía  
su risa más vieja.

### **LIII. A un naranjo y un limonero...**

#### VISTOS EN UNA TIENDA DE PLANTAS Y FLORES

Naranjo en maceta, ¡qué triste es tu suerte!  
Medrosas tiritan tus hojas menguadas.  
Naranjo en la corte, ¡qué pena de verte  
con tus naranjitas secas y arrugadas!

Pobre limonero de fruto amarillo  
cual pomo pulido de pálida cera,  
¡qué pena mirarte, mísero arbolito  
criado en mezquino tonel de madera!

De los claros bosques de la Andalucía,  
¿quién os trajo a esta castellana tierra  
que barren los vientos de la adusta sierra,  
hijos de los campos de la tierra mía?

¡Gloria de los huertos, árbol limonero,  
que enciendes los frutos de pálido oro,  
y alumbras del negro cipresal austero  
las quietas plegarias erguidas en coro;

y fresco naranjo del patio querido,  
del campo risueño y el huerto soñado,  
siempre en mi recuerdo maduro o florido  
de frondas y aromas y frutos cargado!

## **LIV. Los sueños malos**

Está la plaza sombría;  
muere el día.  
Suenan lejos las campanas.

De balcones y ventanas  
se iluminan las vidrieras,  
con reflejos mortecinos,  
como huesos blanquecinos  
y borrosas calaveras.

En toda la tarde brilla  
una luz de pesadilla.  
Está el sol en el ocaso.  
Suenan el eco de mi paso.

—¿Eres tú? Ya te esperaba...  
—No eras tú a quien yo buscaba.

## **LV. Hastío**

Pasan las horas de hastío  
por la estancia familiar,  
el amplio cuarto sombrío  
donde yo empecé a soñar.

Del reloj arrinconado,  
que en la penumbra clarea,  
el tic-tac acompasado  
odiosamente golpea.

Dice la monotonía  
del agua clara al caer:  
un día es como otro día;  
hoy es lo mismo que ayer.

Cae la tarde. El viento agita  
el parque mustio y dorado...  
¡Qué largamente ha llorado  
toda la fronda marchita!

## **LVI. Sonaba el reloj la una**

Sonaba el reloj la una,  
dentro de mi cuarto. Era  
triste la noche. La luna,  
reluciente calavera,

ya del cenit declinado,  
iba del ciprés del huerto  
fríamente iluminado  
el alto ramaje yerto.

Por la entreabierta ventana  
llegaban a mis oídos  
metálicos alaridos  
de una música lejana.

Una música tristona,  
una mazurca olvidada,  
entre inocente y burlona,  
mal tañida y mal soplada.

Y yo sentí el estupor  
del alma cuando bosteza  
el corazón, la cabeza,  
y... morirse es lo mejor.

## LVII. Consejos

I

Este amor que quiere ser  
acaso pronto será;  
pero ¿cuándo ha de volver  
lo que acaba de pasar?

Hoy dista mucho de ayer.  
¡Ayer es Nunca jamás!

II

Moneda que está en la mano  
quizá se deba guardar;  
la monedita del alma  
se pierde si no se da.

## LVIII. Glosa

*Nuestros vidas son los ríos,  
que van a dar a la mar,  
que es el morir. ¡Gran cantar!*

Entre los poetas míos  
tiene Manrique un altar.

Dulce goce de vivir:  
mala ciencia del pasar,  
ciego huir a la mar.

Tras el pavor del morir  
está el placer de llegar.

¡Gran placer!  
Mas ¿y el horror de volver?  
¡Gran pesar!

## LIX. Anoche cuando dormía

Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!  
que una fontana fluía  
dentro de mi corazón.  
Di, ¿por qué acequia escondida,  
agua, vienes hasta mí,  
manantial de nueva vida  
de donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!  
que una colmena tenía  
dentro de mi corazón;  
y las doradas abejas  
iban fabricando en él,  
con las amarguras viejas,  
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!  
que un ardiente sol lucía  
dentro de mi corazón.  
Era ardiente porque daba  
calores de rojo hogar,  
y era sol porque alumbraba  
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!  
que era Dios lo que tenía  
dentro de mi corazón.



## **LX. ¿Mi corazón se ha dormido?**

¿Mi corazón se ha dormido?  
Colmenares de mis sueños  
¿ya no labráis? ¿Está seca  
la noria del pensamiento,  
los cangilones vacíos,  
girando, de sombra llenos?

No, mi corazón no duerme.  
Está despierto, despierto.  
Ni duerme ni sueña, mira,  
los claros ojos abiertos,  
señas lejanas y escucha  
a orillas del gran silencio.

# **Galerías**

**(1899-1907)**

Edición de *Soledades* ampliada con nuevos poemas, 1907.

## LXI. Introducción

Leyendo un claro día  
mis bien amados versos,  
he visto en el profundo  
espejo de mis sueños

que una verdad divina  
temblando está de miedo,  
y es una flor que quiere  
echar su aroma al viento.

El alma del poeta  
se orienta hacia el misterio.  
Sólo el poeta puede  
mirar lo que está lejos  
dentro del alma, en turbio  
y mago sol envuelto.

En esas galerías,  
sin fondo, del recuerdo,  
donde las pobres gentes  
colgaron cual trofeo

el traje de una fiesta  
apolillado y viejo,  
allí el poeta sabe  
el laborar eterno  
mirar de las doradas  
abejas de los sueños.

Poetas, con el alma  
atenta al hondo cielo,  
en la cruel batalla  
o en el tranquilo huerto,

la nueva miel labramos

con los dolores viejos,  
la veste blanca y pura  
pacientemente hacemos,  
y bajo el sol bruñimos  
el fuerte arnés de hierro.

El alma que no sueña,  
el enemigo espejo,  
proyecta nuestra imagen  
con un perfil grotesco.

Sentimos una ola  
de sangre, en nuestro pecho,  
que pasa... y sonreímos,  
y a laborar volvemos.

## **LXII. Desgarrada la nube; el arco iris**

Desgarrada la nube; el arco iris  
brillando ya en el cielo,  
y en un fanal de lluvia  
y sol en el campo envuelto.

Desperté. ¿Quién enturbia  
los mágicos cristales de mi sueño?  
Mi corazón latía  
atónito y disperso.

...¡El limonar florido,  
el cipresal del huerto,  
el prado verde, el sol, el agua, el iris...,  
el agua en tus cabellos!...

Y todo en la memoria se perdía  
como una pompa de jabón al viento.

### **LXIII. Y era el demonio de mi sueño, el ángel**

Y era el demonio de mi sueño, el ángel  
más hermoso. Brillaban  
como aceros los ojos victoriosos,  
y las sangrientas llamas  
de su antorcha alumbraron  
la honda cripta del alma.

—¿Vendrás conmigo? —No, jamás; las tumbas  
y los muertos me espantan.  
Pero la férrea mano  
mi diestra atenazaba.

—Vendrás conmigo... Y avancé en mi sueño  
cegado por la roja luminaria.  
Y en la cripta sentí sonar cadenas,  
y rebullir de fieras enjauladas.

## **LXIV. Desde el umbral de un sueño me llamaron...**

Desde el umbral de un sueño me llamaron...

Era la buena voz, la voz querida.

—Dime: ¿vendrás conmigo a ver el alma?...

Llegó a mi corazón una caricia.

—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño

por una larga, escueta galería,

sintiendo el roce de la veste pura

y el palpitar suave de la mano amiga.

## LXV. Sueño infantil

Una clara noche  
de fiesta y de luna,  
noche de mis sueños,  
noche de alegría

—era luz de mi alma,  
que hoy es bruma toda,  
no eran mis cabellos  
negros todavía—,

el hada más joven  
me llevó en sus brazos  
a la alegre fiesta  
que en la plaza ardía.

So el chisporroteo  
de las luminarias,  
amor sus madejas  
de danzas tejía.

Y en aquella noche  
de fiesta y de luna,  
noche de mis sueños,  
noche de alegría,

el hada más joven  
besaba mi frente...,  
con su linda mano  
su adiós me decía...

Todos los rosales  
daban sus aromas,

todos los amores  
amor entreabría.

## LXVI. ¡Y esos niños en hilera

¡Y esos niños en hilera,  
llevando el sol de la tarde  
en sus velitas de cera!...

\* \* \*

¡De amarilla calabaza,  
en el azul, cómo sube  
la luna, sobre la plaza!

\* \* \*

Duro ceño.  
Pirata, rubio africano,  
barbitaheño.

\* \* \*

Lleva un alfanje en la mano.  
Estas figuras del sueño...

\* \* \*

Donde las niñas cantan en corro,  
en los jardines del limonar,  
sobre la fuente, negro abejorro  
pasa volando, zumba al volar.

\* \* \*

Se oyó un bronco gruñir de abuelo  
entre las claras voces sonar,  
superflua nota de violoncelo  
en los jardines del limonar.

\* \* \*

Entre las cuatro blancas paredes,  
cuando una mano cerró el balcón,  
por los salones de sal-si-puedes  
suena el rebato de su bordón.

\* \* \*

Muda en el techo, quieta, ¿dormida?  
la negra nota de angustia está,  
y en la pradera verdiflorada  
de un sueño niño volando va...

## **LXVII. Si yo fuera un poeta**

Si yo fuera un poeta  
galante cantaría  
a vuestros ojos un cantar tan puro  
como en el mármol blanco el agua limpia.

Y en una estrofa de agua  
todo el cantar sería:

«Ya sé que no responden a mis ojos,  
que ven y no preguntan cuando miran,  
los vuestros claros, vuestros ojos tienen  
la buena luz tranquila,  
la buena luz del mundo en flor, que he visto  
desde los brazos de mi madre un día».

## **LXVIII. Llamó a mi corazón, un claro día**

Llamó a mi corazón, un claro día,  
con un perfume de jazmín, el viento

—A cambio de este aroma,  
todo el aroma de tus rosas quiero.

—No tengo rosas; flores  
en mi jardín no hay ya; todas han muerto.

Me llevaré los llantos de las fuentes,  
las hojas amarillas y los mustios pétalos.  
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba  
Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

## **LXIX. Hoy buscarás en vano**

Hoy buscarás en vano  
a tu dolor consuelo.

Lleváronse tus hadas  
el lino de tus sueños.  
Está la fuente muda,  
y está marchito el huerto.  
Hoy sólo quedan lágrimas  
para llorar. No hay que llorar, ¡silencio!

## **LXX. Y nada importa ya que el vino de oro**

Y nada importa ya que el vino de oro  
rebose de tu copa cristalina,  
o el agrio zumo enturbie el puro vaso...

Tú sabes, las secretas galerías  
del alma, los caminos de los sueños,  
y la tarde tranquila  
donde van a morir... Allí te aguardan

las hadas silenciosas de la vida,  
y hacia un jardín de eterna primavera  
te llevarán un día.

## **LXXI. Tocados de otros días**

¡Tocados de otros días,  
mustios encajes y marchitas sedas;  
salterios arrumbados,  
rincones de las salas polvorientas;

daguerrotipos turbios,  
cartas que amarillean;  
libracos no leídos  
que guardan grises florecitas secas;

romanticismos muertos,  
cursilerías viejas,  
cosas de ayer que sois el alma, y cantos  
y cuentos de la abuela!...

## **LXXII. La casa tan querida**

La casa tan querida  
donde habitaba ella,  
sobre un montón de escombros arruinada  
o derruida, enseña  
el negro y carcomido  
mal trabado esqueleto de madera.

La luna está vertiendo  
su clara luz en sueños que platea  
en las ventanas. Mal vestido y triste,  
voy caminando por la calle vieja.

### **LXXIII. Ante el pálido lienzo de la tarde**

Ante el pálido lienzo de la tarde,  
la iglesia, con sus torres afiladas  
y el ancho campanario, en cuyos huecos  
voltean suavemente las campanas,  
alta y sombría, surge.

La estrella es una lágrima  
en el azul celeste.  
Bajo la estrella clara,  
flota, vellón disperso,  
una nube quimérica de plata.

## **LXXIV. Tarde tranquila, casi**

Tarde tranquila, casi  
con placidez de alma,  
para ser joven, para haberlo sido  
cuando Dios quiso, para  
tener algunas alegrías... lejos,  
y poder dulcemente recordarlas.

## **LXXV. Yo, como Anacreonte**

Yo, como Anacreonte,  
quiero cantar, reír y echar al viento  
las sabias amarguras  
y los graves consejos.

Y quiero, sobre todo, emborracharme,  
ya lo sabéis... ¡Grotesco!  
Pura fe en el morir, pobre alegría  
y macabro danzar antes de tiempo.

## **LXXVI. ¡Oh tarde luminosa!**

¡Oh tarde luminosa!  
El aire está encantado.  
La blanca cigüeña  
dormita volando,  
y las golondrinas se cruzan, tendidas  
las alas agudas al viento dorado,  
y en la tarde risueña se alejan  
volando, soñando...

Y hay una que torna como la saeta,  
las alas agudas tendidas al aire sombrío,  
buscando su negro rincón del tejado.

La blanca cigüeña,  
como un garabato,  
tranquila y disforme, ¡tan disparatada!  
sobre el campanario.

## LXXVII. Es una tarde cenicienta y mustia

Es una tarde cenicienta y mustia,  
destartalada, como el alma mía;  
y es esta vieja angustia  
que habita mi usual hipocondría.

La causa de esta angustia no consigo  
ni vagamente comprender siquiera;  
pero recuerdo y, recordando, digo:  
—Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

\* \* \*

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,  
tú eres nostalgia de la vida buena  
y soledad de corazón sombrío,  
de barco sin naufragio y sin estrella.

Como perro olvidado que no tiene  
huella ni olfato y yerra  
por los caminos, sin camino, como  
el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío  
y el aire polvoriento y las candelas  
chispeantes, atónito, y asombra  
su corazón de música y de pena,

así voy yo, borracho melancólico,  
guitarrista lunático, poeta,  
y pobre hombre en sueños,  
siempre buscando a Dios entre la niebla.



## **LXXVIII. ¿Y ha de morir contigo el mundo mago**

¿Y ha de morir contigo el mundo mago  
donde guarda el recuerdo  
los hálitos más puros de la vida,  
la blanca sombra del amor primero,

la voz que fue a tu corazón, la mano  
que tú querías retener en sueños,  
y todos los amores  
que llegaron al alma, al hondo cielo?

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,  
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?  
¿Los yunques y crisoles de tu alma  
trabajan para el polvo y para el viento?

## **LXXIX. Desnuda está la tierra**

Desnuda está la tierra,  
y el alma aúlla al horizonte pálido  
como loba famélica. ¿Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?

Amargo caminar, porque el camino  
pesa en el corazón. ¡El viento helado,  
y la noche que llega, y la amargura  
de la distancia!... En el camino blanco

algunos yertos árboles negrean;  
en los montes lejanos  
hay oro y sangre... El sol murió... ¿Qué buscas  
poeta, en el ocaso?

## **LXXX. Campo**

La tarde está muriendo  
como un hogar humilde que se apaga.

Allá, sobre los montes,  
quedan algunas brasas.

Y ese árbol roto en el camino blanco  
hace llorar de lástima.

¡Dos ramas en el tronco herido, y una  
hoja marchita y negra en cada rama!

¿Lloras?... Entre los álamos de oro,  
lejos, la sombra del amor te aguarda.

## **LXXXI. A un viejo y distinguido señor**

Te he visto, por el parque ceniciento  
que los poetas aman  
para llorar, cómo una noble sombra  
vagar, envuelto en tu levita larga.

El talante cortés, ha tantos años  
compuesto de una fiesta en la antesala,  
¡qué bien tus pobres huesos  
ceremoniosos guardan!

Yo te he visto, aspirando distraído,  
con el aliento que la tierra exhala  
—hoy tibia tarde en que las mustias hojas  
húmedo viento arranca—,  
del eucalipto verde

el frescor de las hojas perfumadas.  
Y te he visto llevar la seca mano  
a la perla que brilla en tu corbata.

## **LXXXII. Los sueños**

El hada más hermosa ha sonreído  
al ver la lumbre de una estrella pálida,  
que en hilo suave, blanco y silencioso  
se enrosca al huso de su rubia hermana.

Y vuelve a sonreír, porque en su rueca  
el hilo de los campos se enmaraña.  
Tras la tenue cortina de la alcoba  
está el jardín envuelto en luz dorada.

La cuna, casi en sombra. El niño duerme.  
Dos hadas laboriosas lo acompañan,  
hilando de los sueños los sutiles  
copos en ruelas de marfil y plata.

### **LXXXIII. Guitarra del mesón que hoy sueñas jota**

Guitarra del mesón que hoy sueñas jota,  
mañana petenera,  
según quien llega y tañe  
las empolvadas cuerdas,

guitarra del mesón de los caminos,  
no fuiste nunca, ni serás, poeta.

Tú eres alma que dice su armonía  
solitaria a las almas pasajeras...

Y siempre que te escucha el caminante  
sueña escuchar un aire de su tierra.

#### **LXXXIV. El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma.**

El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma.  
Luz en sueños. ¿No tiembles, andante peregrino?  
Pasado el llano verde, en la florida loma,  
acaso está el cercano final de tu camino.

Tú no verás del trigo la espiga sazonada  
y de macizas pomos cargado el manzanar,  
ni de la vid rugosa la uva aurirrosada  
ha de exprimir su alegre licor en tu lagar.

Cuando el primer aroma exhalen los jazmines  
y cuando más palpiten las rosas del amor,  
una mañana de oro que alumbre los jardines,  
¿no huirá, como una nube dispersa, el sueño en flor?

Campo recién florido y verde, ¡quién pudiera  
soñar aún largo tiempo en estas pequeñas  
corolas azuladas que manchan la pradera,  
y en esas diminutas primeras margaritas!

## **LXXXV. La primavera besaba**

La primavera besaba  
suavemente la arboleda,  
y el verde nuevo brotaba  
como una verde humareda.

Las nubes iban pasando  
sobre el campo juvenil...  
Yo vi en las hojas temblando  
las frescas lluvias de abril.

Bajo ese almendro florido,  
todo cargado de flor  
—recordé—, yo he maldecido  
mi juventud sin amor.

Hoy, en mitad de la vida,  
me he parado a meditar...  
¡Juventud nunca vivida  
quién te volviera a soñar!

## **LXXXVI. Eran ayer mis dolores**

Eran ayer mis dolores  
como gusanos de seda  
que iban labrando capullos;  
hoy son mariposas negras.

¡De cuántas flores amargas  
ha sacado blanca cera!  
¡Oh tiempo en que mis pesares  
trabajaban como abejas!

Hoy son como avenas locas,  
o cizaña en sementera,  
como tizón en espiga,  
como carcoma en madera.

¡Oh tiempo en que mis dolores  
tenían lágrimas buenas,  
y eran como agua de noria  
que va regando una huerta!  
Hoy son agua de torrente  
que arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron  
de mi corazón colmena,  
hoy tratan mi corazón  
como a una muralla vieja:  
quieren derribarlo, y pronto,  
al golpe de la piqueta.

## **LXXXVII. Renacimiento**

Galería del alma... ¡El alma niña!  
Su clara luz risueña;  
y la pequeña historia,  
y la alegría de la vida nueva...

¡Ah, volver a nacer, y andar camino,  
ya recobrada la perdida senda!

Y volver a sentir en nuestra mano  
aquel latido de la mano buena  
de nuestra madre... Y caminar en sueños  
por amor de la mano que nos lleva.

\* \* \*

En nuestras almas todo  
por misteriosa mano se gobierna.  
Incomprensibles, mudas,  
nada sabemos de las almas nuestras.

Las más hondas palabras  
del sabio nos enseñan,  
lo que el silbar del viento cuando sopla,  
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

## **LXXXVIII. Tal vez la mano, en sueños**

Tal vez la mano, en sueños,  
del sembrador de estrellas,  
hizo sonar la música olvidada

como una nota de la lira inmensa,  
y la ola humilde a nuestros labios vino  
de unas pocas palabras verdaderas.

## **LXXXIX. Y podrás conocerte, recordando**

Y podrás conocerte, recordando  
del pasado soñar los turbios lienzos,  
en este día triste en que caminas  
con los ojos abiertos.

De toda la memoria, sólo vale  
el don preclaro de evocar los sueños.

## **XC. Los árboles conservan**

Los árboles conservan  
verdes aun las copas,  
pero del verde mustio  
de las marchitas frondas.

El agua de la fuente,  
sobre la piedra tosca  
y de verdín cubierta,  
resbala silenciosa.

Arrastra el viento algunas  
amarillentas hojas.  
¡El viento de la tarde  
sobre la tierra en sombra!

## **XCI. Húmedo está, bajo el laurel, el banco**

Húmedo está, bajo el laurel, el banco  
de verdinosa piedra;  
lavó la lluvia, sobre el muro blanco,  
las empolvadas hojas de la hiedra.

Del viento del otoño el tibio aliento  
los céspedes undula, y la alameda  
conversa con el viento...  
¡el viento de la tarde en la arboleda!

Mientras el sol en el ocaso esplende  
que los racimos de la vid orea,  
y el buen burgués, en su balcón, enciende  
la estoica pipa en que el tabaco humea,

voy recordando versos juveniles...  
¿Qué fue de aquel mi corazón sonoro?  
¿Será cierto que os vais, sombras gentiles,  
huyendo entre los árboles de oro?

**Varia**

## **XCII. Pegasos, lindos pegasos**

«*Tournez, tournez, chevaux de bois*».  
VERLAINE.

Pegasos, lindos pegasos,  
caballitos de madera.

\* \* \*

Yo conocí, siendo niño,  
la alegría de dar vueltas  
sobre un corcel colorado,  
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento  
chispeaban las candelas,  
y la noche azul ardía  
toda sembrada de estrellas.

¡Alegrías infantiles  
que cuestan una moneda  
de cobre, lindos pegasos,  
caballitos de madera!

### **XCIII. Deletreros de armonía**

Deletreros de armonía  
que ensaya inexperta mano.

Hastío. Cacofonía  
del sempiterno piano  
que yo de niño escuchaba  
soñando... no sé con qué.

Con algo que no llegaba,  
todo lo que ya se fue.

## **XCIV. En medio de la plaza y sobre tosca piedra**

En medio de la plaza y sobre tosca piedra,  
el agua brota y brota. En el cercano huerto  
eleva, tras el muro ceñido por la hiedra,  
alto ciprés la mancha de su ramaje yerto.

La tarde está cayendo frente a los caserones  
de la ancha plaza, en sueños. Relucen las vidrieras  
con ecos mortecinos de sol. En los balcones  
hay formas que parecen confusas calaveras.

La calma es infinita en la desierta plaza,  
donde pasea el alma su traza de alma en pena.  
El agua brota y brota en la marmórea taza.  
En todo el aire en sombra no más que el agua suena.

## **XCV. Coplas mundanas**

Poeta ayer, hoy triste y pobre  
filósofo trasnochado,  
tengo en monedas de cobre  
el oro de ayer cambiada.

Sin placer y sin fortuna,  
pasó como una quimera  
mi juventud, la primera...  
la sola, no hay más que una:  
la de dentro es la de fuera.

Pasó como un torbellino,  
bohemia y aborrascada,  
harta de coplas y vino,  
mi juventud bien amada.

Y hoy miro a las galerías  
del recuerdo, para hacer  
aleluyas de elegías  
desconsoladas de ayer.

¡Adiós, lágrimas cantoras,  
lágrimas que alegremente  
brotabais, como en la fuente  
las limpias aguas sonoras!

¡Buenas lágrimas vertidas  
por un amor juvenil,  
cual frescas lluvias caídas  
sobre los campos de abril!

No canta ya el ruiseñor  
de cierta noche serena;  
sanamos del mal de amor  
que sabe llorar sin pena.

Poeta ayer, hoy triste y pobre  
filósofo trasnochado,  
tengo en monedas de cobre  
el oro de ayer cambiado.

## **XCVI. Sol de invierno**

Es mediodía. Un parque.  
Invierno. Blancas sendas;  
simétricos montículos  
y ramas esqueléticas.

Bajo el invernadero,  
naranjos en maceta,  
y en su tonel, pintado  
de verde, la palmera.

Un viejecillo dice,  
para su capa vieja:  
«¡El sol, esta hermosura  
del sol!...» Los niños juegan.

El agua de la fuente  
resbala, corre y sueña  
lamiendo, casi muda,  
la verdinosa piedra.

## Antonio Machado



Antonio Machado Ruiz (Sevilla, 26 de julio de 1875 – Colliure, 22 de febrero de 1939) fue un poeta español, el más joven representante de la generación del 98. Su obra inicial, de corte modernista (como la de su hermano Manuel), evolucionó hacia un intimismo simbolista con rasgos románticos, que maduró en una poesía de compromiso humano, de una parte, y de contemplación casi taoísta de la existencia, por otra; una síntesis que en la voz de Machado se hace eco de la sabiduría popular más ancestral. Dicho en palabras de Gerardo Diego, «hablaba en verso y

vivía en poesía». Fue uno de los alumnos distinguidos de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), con cuyos idearios estuvo siempre comprometido. Murió en el exilio en la agonía de la Segunda República Española.

Su obra poética se abrió con Soledades, escrito entre 1901 y 1902, y casi reescrito en Soledades. Galerías. Otros poemas, que publicó en octubre de 1907.

Durante su estancia en Soria, Machado escribió su libro más noventayochista, Campos de Castilla, publicado por la editorial Renacimiento en 1912. Sus protagonistas son las tierras castellanas y los hombres que las habitan. Le siguió la primera edición de sus Poesías completas (1917), en la que se incrementan los libros anteriores con nuevos poemas y se añaden los poemas escritos en Baeza tras la muerte de Leonor, los populares «Proverbios y cantares» —«poemas breves, de carácter reflexivo y sentencioso»—, y una colección de textos de crítica social, dibujando la España de aquel momento. En 1924 publicó las Nuevas canciones, recuperando materiales escritos en Baeza y aún en Soria, y mezclando ejemplos de sentenciosa poesía gnómica y análisis en torno al hecho de la creación poética, con paisajes soñados, algunas galerías y los primeros sonetos que se le conocen.

Las ediciones de Poesías completas de 1928 y 1933 incluyeron algunos de los textos adjudicados a sus dos apócrifos, «Juan de Mairena» y «Abel Martín» —maestro de Mairena—, y en la edición de 1933 las primeras Canciones a Guiomar.

En 1936, en vísperas de la guerra civil española, publicó: Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo. El estallido de la rebelión militar impidió la difusión del volumen que durante años permaneció en el limbo de lo desconocido.